

D
E

M
Á
S

Y
I
Y
U
N

L
I

Cuento extraído del libro *Los buenos deseos*
(Lumen, 2007 y Debolsillo, febrero 2010)



A
B
U
E
L
A

L
I
N

deambula por la calle una tarde de noviembre, con una fiambreira de acero inoxidable en una mano. En la fiambreira lleva un certificado oficial de su centro de trabajo. «Por la presente, certificamos que la camarada Lin Mei se ha retirado de manera honorable de la fábrica de prendas de vestir Estrella Roja de Pekín», dice el certificado en pomposos y dorados caracteres.

Lo que no dice es que la fábrica de prendas de vestir Estrella Roja ha quebrado ni que, y aun habiéndose retirado de manera honorable, Abuela Lin no tendrá pensión. Por supuesto, la fábrica nunca facilitará esta información, dado que estos hechos son lisa y llanamente falsos. No se puede aplicar la palabra «quiebra» a una industria de propiedad estatal. «Reestructuración interna» es lo que han tenido la gentileza de omitir en el certificado. Y hay que tener en cuenta que solo se retiene la pensión de Abuela Lin de forma temporal, aunque de momento la fábrica ignora por cuánto tiempo.

—Siempre se encuentran caminos al adentrarse en la montaña —sentencia Tía Wang, vecina de Abuela Lin, al enterarse de la situación de esta última.

—Y donde hay un camino, hay un Toyota.

A Abuela Lin se le escapa la segunda parte del anuncio del Toyota sin querer.

—Ahí lo tienes, Abuela Lin, sé que eres una persona optimista. Si sigues tan positiva, encontrarás tu Toyota.

Pero ¿cómo se las va a arreglar para reponer sus manguantes ahorros? Abuela Lin se pasa varios días sumando, restando y dividiendo y acaba por concluir que tiene ahorros para un año, para dos si se salta alguna que otra comida durante el día, si se va a la cama en cuanto se ponga el sol y se hace un ovillo para así no tener que alimentar la insaciable estufa de carbón durante el largo invierno del norte de China.

—No te preocupes —la tranquiliza Tía Wang cuando vuelven a encontrarse en el mercado, echándole un vistazo al solitario rábano, gordo como un Buda, que Abuela Lin ha comprado para comer y que protege con las manos—. Siempre te queda la opción de encontrar a alguien con quien casarte.

—¿Casarme? —se sorprende Abuela Lin, y se sonroja.
—No seas tan mojigata, Abuela Lin —se burla Tía Wang—. ¿Cuántos años tienes?
—Cincuenta y uno.
—¡Pero si eres más joven que yo! Tengo cincuenta y ocho años, pero no soy tan anticuada como tú. ¿No sabes que los jóvenes ya no tienen el monopolio del matrimonio?
—No te burles de mí —protesta Abuela Lin.
—Te lo digo en serio, Abuela Lin. Hay muchos viudos mayores en la ciudad y estoy segura de que también los hay ricos y enfermos que necesitan a alguien que los cuide.
—¿Quieres decir que podría encontrar trabajo cuidando gente mayor? —pregunta Abuela Lin.
Tía Wang suspira y con un dedo le da unos golpecitos en la frente.
—A ver si usas la cabeza. No estoy hablando de una cuidadora, sino de una esposa. De esa manera, al menos podrías heredar parte del dinero cuando muriera tu marido.
Abuela Lin da un respingo. Nunca ha tenido marido y la perspectiva de un esposo difunto la asusta. No obstante, Tía Wang decide por ella allí mismo, entre dos puestos de pescado, y en cuestión de pocos días encuentra pareja para Abuela Lin.
—Setenta y seis años, presión alta y diabetes. Su mujer acaba de morir y vive solo en un piso de tres habitaciones. Tiene una pensión de dos mil yuanes al mes y los dos hijos están casados y ganan un buen sueldo en el gobierno —le informa Tía Wang, sorprendida de que Abuela Lin ni se inmute—. Vamos, Abuela Lin, ¿en qué otro lugar vas a encontrar tan buen partido? El anciano morirá de un momento a otro y los hijos son tan ricos que no les importará compartir parte de la herencia contigo. Hazme caso; por lo que sé, es una oportunidad. El umbral de la puerta de su casa está gastado de tantas casamenteras como llaman y, sin embargo, de todas las posibles esposas, solo están interesados en ti. ¿Por qué? Porque no te has casado nunca y no tienes hijos. Por cierto, Abuela Lin, ¿cómo es que no te has casado? Nunca nos lo has contado.
Abuela Lin abre la boca, pero la cierra de inmediato.
—Cosas que pasan —responde.
—No hace falta que me lo cuentes si no te apetece. De todos modos, no quieren a alguien cargado de hijos y nietos. La verdad es que yo tampoco me fiaría de una madrastra así, ¿quién podría garantizar que no robaría al viejo para dárselo a los suyos? Pero tú eres la mejor. Les he dicho que si en el mundo quedaba una persona honesta, esa eras tú, Abuela Lin. ¿A qué estás esperando?
—¿Por qué no contratan a alguien para que lo cuide? —pregunta Abuela Lin, pensando en los dos hijos que pronto podrían convertirse en sus hijastros—. A la larga, ¿no les resultaría más barato?
—¿Es que no sabes cómo son esas jovencitas que trabajan cuidando gente? Son unas perezosas y unas ladronas... Si las contrata una pareja joven, los maridos tampoco están a salvo. Además, dejan a los ancianos sentados en su propia mierda todo el día. ¿Cómo van a querer a una chica así? Quita, quita, eso solo le traería una muerte más rápida.

A Abuela Lin no le queda más remedio que darle la razón, una mujer mayor como esposa es una elección sensata. Abuela Lin acude a la entrevista con los dos hijos y sus respectivas mujeres acompañada de Tía Wang. Tras una hora de interrogatorio, los hijos intercambian una mirada y preguntan si Abuela Lin necesita más tiempo para considerar la oferta de matrimonio. Como no hay nada que pensar, una semana después se muda a su nuevo hogar. Su marido, el viejo Tang, está más enfermo de lo que pensaba.

—Tiene alzhéimer —le informa una de sus nueras durante el banquete de boda. Abuela Lin asiente con la cabeza, y aunque no conoce esa enfermedad, imagina que está relacionada con el cerebro. Sostiene a su marido con ambas manos y lo acompaña hasta la mesa, lo sienta y le limpia la baba de la barbilla. Abuela Lin se convierte en esposa, madre y en abuela de verdad de la noche a la mañana. Ya no recuerda cuándo empezó la gente a llamarla «abuela» Lin en vez de «tía» Lin. Se dice que las mujeres solteras envejecen con más rapidez, pero ahora ya no le importa porque cree que su nombre le queda como un guante.

Todas las semanas, uno de los hijos se deja caer por allí para ver cómo le va al viejo Tang y, de paso, les deja dinero para la semana siguiente. El viejo Tang es un hombre callado que se pasa las horas muertas sentado en su silla junto a la ventana, ensimismado en su insondable silencio. De vez en cuando, pregunta a Abuela Lin por su esposa y, tal como le han pedido los hijos, ella responde que su mujer se está recuperando en el hospital y que pronto volverá a casa. Sin embargo, antes de darle tiempo a acabar la explicación, el viejo Tang parece haber olvidado la pregunta y regresa a sus meditaciones sin dar señal de haber oído a Abuela Lin. Ella espera que le haga más preguntas, que nunca formula, y al final se da por vencida. Abuela Lin sube el volumen del televisor y trajina por la casa barriendo, quitando el polvo, pasando el trapo y limpiando, pero cada día acaba antes los quehaceres domésticos. Luego se sienta en el sofá y se entretiene con las series de televisión. A diferencia del televisor de doce pulgadas al que estaba acostumbrada y que la obligaba a atravesar la habitación cada vez que deseaba cambiar de canal (seis en total, gracias a la antena hecha con dos varillas de acero), el aparato del viejo Tang es un armatoste con cientos de canales y todos están a las órdenes de un pequeño mando a distancia. Maravillada ante la multitud de elecciones a su disposición y ante la facilidad con que puede pasar de una a otra, Abuela Lin no tarda en decidir que el aparato no le conviene. Da igual qué programa esté viendo, siempre está allí el persistente desasosiego de estar perdiéndose otro más interesante. A los pocos días de haber tomado posesión de su nueva vida, Abuela Lin se queda anonadada al descubrir que ya no es adicta a la televisión como le ha ocurrido en los últimos diez años. ¿Acaso el matrimonio tiene el revolucionario poder de erradicar en tan poco tiempo una costumbre tan antigua?

Abuela Lin suspira y apaga el televisor, pero el viejo Tang no parece percatarse de que ahora el silencio invade la habitación, y en ese momento ella se da cuenta de que la culpa no la tiene el aparato, sino el viejo Tang, cuya presencia le impide concentrarse. Abuela Lin escoge una vieja revista y espía al viejo Tang por encima de las páginas. Transcurren diez minutos, veinte, y ella lo continúa mirando mientras él insiste en no devolverle la mirada. Tiene la extraña sensación de que el vie-

jo Tang no está enfermo. Él sabe que ella está allí y la observa en secreto. Sabe que su mujer de cincuenta y cuatro años se ha ido para siempre y que Abuela Lin es su nueva esposa, pero se niega a reconocerla. Finge haber perdido la cabeza y espera de ella que se comporte como si fuera una cuidadora contratada. Sin embargo, Abuela Lin no piensa dar su brazo a torcer. Él es su marido y ella es su mujer. El certificado de matrimonio está a salvo bajo su almohada y si el viejo Tang se dedica a poner a prueba su paciencia, ella está dispuesta a someterse a esa prueba, está decidida a ganar ese tira y afloja. Así que deja la revista a un lado y, desafiante, mira al viejo Tang a la cara, sosteniéndole la mirada. Los minutos pasan y se convierten en una hora, y de pronto, Abuela Lin se da cuenta, espantada, de que ella también está perdiendo la razón. Se obliga a levantarse del sofá y al estirarse siente los crujidos de sus artríticas articulaciones. Mira al viejo Tang, que sigue como una estatua. Sí que está enfermo, piensa Abuela Lin, y se avergüenza por haber dudado sin motivo de él, un hombre tan indefenso como un recién nacido. Se dirige apresurada a la cocina y regresa con un vaso de leche.

—La hora de la leche —anuncia, dándole unas suaves palmaditas en la mejilla, hasta que el viejo Tang empieza a tragar.

Abuela Lin le inyecta insulina tres veces al día. Solo entonces atisba una chispa de vida en su marido, un leve espasmo muscular cuando le clava la aguja en el brazo. A veces, al retirar la aguja, asoma una diminuta gota de sangre, que le limpia con la punta del dedo en lugar de usar un algodón, fascinada por la extraña sensación de que la sangre del viejo Tang está filtrándose en su cuerpo.

Abuela Lin baña varias veces al día al viejo Tang: por las mañanas, antes de acostarse y siempre que se hace sus necesidades encima. El lavado particular es lo que más le gusta a Abuela Lin de su matrimonio, puesto que toda la vida se ha visto obligada a compartir el baño y a pelearse con otros cuerpos resbaladizos por la escasa agua tibia de las duchas oxidadas. Ahora que dispone de un baño para ella sola, aprovecha cualquier oportunidad para utilizarlo.

El viejo Tang es el único hombre que Abuela Lin ha visto completamente desnudo. La primera vez que lo desvistió no pudo evitar que los ojos se le fueran hacia el pene, que descansaba entre una mata de pelo poco poblada. Se preguntó qué aspecto habría tenido en otros tiempos, pero apartó de su mente el sucio pensamiento de inmediato. La indefensa desnudez le llenó el corazón de una ternura que nunca había experimentado, y desde entonces ha prodigado cuidados maternos al cuerpo del viejo Tang.

Una tarde, a finales de febrero, Abuela Lin acompaña al viejo Tang a la silla de plástico que hay en medio del cuarto de baño. Le desabrocha el pijama y él dobla los brazos como le indica, con la cabeza apoyada en el omóplato de ella. Ella retira la boquilla y le rocía el cuerpo con agua tibia, poniéndole una mano en la frente para que no le entre agua en los ojos.

Abuela Lin está agachada en el suelo, dando masaje a las piernas del viejo Tang, cuando él le toca el hombro con la mano. Ella levanta la cabeza y ve que la está mirando fijamente a los ojos. Se le escapa un grito y se aparta de él.

—¿Quién es usted? —pregunta el viejo Tang.

—Viejo Tang, ¿eres tú? —pregunta a su vez Abuela Lin.

—¿Quién es usted? ¿Por qué está aquí?

—Vivo aquí —contesta Abuela Lin.

Descubre una lucidez antinatural en los ojos del viejo Tang y se siente desfallecer, pues esos momentos de claridad solo se dan a las puertas de la muerte. Abuela Lin había visto esa misma luz dos años antes en los ojos de su padre, horas antes de que falleciera, así que decide salir en busca de un médico, pero tiene los pies clavados al suelo y los ojos en los del anciano.

—No la conozco, ¿quién es usted?

Abuela Lin se mira. Lleva un poncho de plástico de color amarillo chillón y unas botas de goma de color verde, el uniforme para el baño.

—Soy tu mujer —responde.

—Usted no es mi mujer. Mi mujer es Sujane. ¿Dónde está Sujane?

—Sujane ya no está con nosotros, yo soy tu nueva esposa.

—Miente —se revuelve el viejo Tang, levantándose—, Sujane está en el hospital.

—No —insiste Abuela Lin—, te mintieron.

El viejo Tang no la escucha y la empuja con repentina energía en los brazos. Abuela Lin intenta aplacar, pero el hombre está fuera de sí y tiene una fuerza incontrolable, así que acaba soltándole las manos. Además, no sabe por qué tiene que andar discutiendo con su marido por una mujer muerta. Pero él sigue peleándose con el aire y, a dos pasos de ella, resbala en un charco de agua jabonosa.

Nadie presta atención a Abuela Lin en el funeral. Ella se sienta en un rincón y escucha a los hombres y a las mujeres que hablan de la vida del viejo Tang: físico portentoso y gran profesor, marido, padre y abuelo cariñoso. Los oradores terminan y estrechan la mano a la familia, pero ignoran a Abuela Lin cuando llegan al final de la hilera.

Yo no lo maté, se imagina diciendo Abuela Lin a los allí reunidos, ya se estaba muriendo antes de la caída. Sin embargo, no confiesa la verdad a nadie y decide admitir que ha sido negligente. De todos modos, nadie la creería, pues solo ella vio esa luz en sus ojos, la última chispa de vida que precede a la noche eterna, como suele decirse, un fugaz instante de lucidez antes del final.

Abuela Lin no recibe ni un céntimo de la herencia del viejo Tang. Solo ha cuidado de él durante dos meses y, para muchos de sus parientes, la causa de la muerte ha sido su falta de atención. No culpa a los hijos, solo piensa en el dolor que deben de sentir, mil veces mayor que el suyo. Cuando uno de ellos menciona un posible trabajo en un internado privado dirigido por un amigo, a Abuela Lin casi se le saltan las lágrimas de gratitud.

Situada en un centro vacacional de montaña, en una urbanización al oeste de Pekín, la Academia Mei-Mei se enorgullece de encontrarse entre los primeros colegios del país. Ocupa uno de los pocos edificios de cuatro plantas que permitieron construir en la zona. («Contactos, contactos», explica el cocinero a Abuela Lin en su primer día. ¿Cómo iba a conseguir el colegio el permiso si no fuera por los poderosos miembros del consejo de administración?) Los colegios privados, igual que las empresas privadas, proliferan por todo el país como brotes de bambú tras las pri-

meras lluvias de la primavera. Los parientes de los líderes del Partido Comunista se convierten en hombres de negocios de la noche a la mañana y sus rostros aparecen en la televisión nacional como representantes de los nuevos empresarios del proletariado.

Abuela Lin no concibe que pueda existir una vida mejor, ahora que es una de las empleadas de la limpieza de la academia. Cada comida es un banquete. Abundan la carne y el pescado, y las verduras son más frescas de lo que Abuela Lin recuerda de los días de mercado. Todo procede de una pequeña granja ecológica, que también provee al presidente, al primer ministro y a sus familias, según le informa el cocinero.

A veces, a Abuela Lin le entristece ver cómo tanta comida acaba en el cubo de la basura, así que empieza a llegar tarde a su turno de comedor y espera a que los alumnos acaben de comer. Estos suelen dejar las verduras intactas marchitándose en el plato y el pescado naufragando sobre su panza medio devorada. Abuela Lin escurre las sobras en su propio plato y sueña con un servicio de autobús diario entre la escuela y la ciudad para llevar a sus antiguos vecinos la comida que va a desperdiciarse.

Comer alimentos tan ricos sin trabajar duro es un pecado. Además de la lavandería y de la limpieza de las habitaciones que le han encomendado, Abuela Lin asume otras tareas. Madruga por las mañanas y abre las ventanas de las clases para dejar entrar el fresco aire de la montaña. Barre y pasa la mopa por el suelo de terrazo. Quita el polvo y limpia los pupitres de los alumnos. Se asegura de que todo esté como debe estar, a pesar de que el conserje ya ha limpiado las clases la noche anterior. A veces, cuando se levanta con tiempo de sobra, antes de que suene el despertador de los alumnos, sale del colegio y pasea por las montañas. La niebla matutina le humedece la piel y el pelo, y con su canto, los pájaros, que nunca ha visto en la ciudad, la saludan a coro. En esos momentos, Abuela Lin se siente abrumada por su buena suerte. Los años en la fábrica le parecen muy remotos y ya no recuerda cómo era su vida anterior, cuando por la mañana se abría paso entre la niebla tóxica que emitían las estufas de carbón y regateaba en el mercado por unas verduras que los abonos químicos habían hinchado.

A menudo, Abuela Lin recoge una brazada de flores silvestres durante el paseo, orquídeas de montaña, cerezas nacaradas y pasadores de jade. Coloca las flores en jarrones para las seis clases, uno para cada curso, aunque algo tan delicado apenas sobrevive a la primera hora. Independientemente de su edad, los chicos se lanzan las flores unos a otros y si rozan los labios a alguno de ellos, lo llaman nenaza. Las chicas de los cursos superiores les arrancan los pétalos y, con dedos implacables y rostros compungidos, los entierran en un montoncito en el patio del colegio.

El colegio crece. No hay mes en que dejen de llegar nuevos alumnos. A Abuela Lin le maravilla el desahogo económico de los padres y el desprendimiento con que pagan veinte mil yuanes en concepto de derecho de admisión y otros veinte mil por la matrícula, la comida y el alojamiento del primer año.

La mujer lleva tres meses en el colegio cuando se celebra con una gran fiesta la

entrada del alumno número cien. Kang, el chico del número afortunado, tiene seis años. A diferencia de los demás alumnos, que vienen de la ciudad, él procede de una provincia cercana. A los pocos días de su llegada, los profesores y todo el personal ya conocen su historia: el abuelo de Kang había sido el dirigente de una gran comuna popular en su provincia natal y su padre se había convertido en uno de los empresarios agrícolas más importantes del norte de China.

—Creía que a los agricultores les gustaba tener a sus hijos cerca —comenta Abuela Lin a la señora Du, una gobernanta, mientras buscan los calcetines malolientes debajo de los colchones.

«Podrían aguantarse de pie y salir corriendo ellos solitos», así es como la señora Du describe los calcetines rígidos que no se han lavado en demasiado tiempo.

—No cuando son los hijos de una esposa que ha caído en desgracia —objeta la señora Du—. Está de más, eso es lo que pasa.

—¿Están divorciados sus padres?

—A saber... Pero el padre tiene otra mujer o una concubina, ¿qué más da? La madre del chico ya no pinta nada en la familia, así que la criatura también tiene que irse.

Al pensar en el niño, tan pequeño que apenas ocupa espacio en el mundo y aun así es una molesta piedra en el camino para alguien que quiere desembarazarse de él, Abuela Lin se entristece y empieza a buscarlo entre los demás chicos. La ropa que lleva, de la misma marca que los otros estudiantes, en él desentona. Demasiado grande, demasiado nueva, demasiado moderna, la indumentaria le pega tanto como el colegio. No hay día que no lleve la cara y las manos sucias, pero después de que la propia Abuela Lin se haya ocupado de ellas varias veces, ha de admitir que no es culpa ni del niño ni de la gobernanta.

Al cabo de un par de semanas, Kang empieza a aparecer por la lavandería durante las horas libres de la tarde.

—Abuela, ¿qué es esto? —pregunta un día, mientras Abuela Lin le frota las mejillas con una loción de bebé.

—Algo que hará de ti un chico de ciudad —contesta Abuela Lin.

—Abuela, ¿tú dónde vives?

—Vivo aquí.

—Pero ¿antes de que vinieras aquí? ¿Dónde está la casa de tu marido?

—En la ciudad —contesta al fin, al cabo de unos segundos de reflexión.

—¿Cómo es la ciudad? Mi madre dice que un día me llevará a ver la ciudad.

—¿Dónde está tu mamá? —pregunta Abuela Lin, aguantando la respiración e intentando que sus latidos no armen tanto escándalo, aunque el chico no parece reparar en ello.

—En casa.

—¿En la de tu padre?

—En la de mi abuelo. Mi nueva mamá vive en la de mi padre.

—¿Cómo es tu nueva mamá? ¿Es guapa?

—Sí.

—¿Y es buena contigo?

—Sí.

—¿Te gusta?

—Sí.

—¿Y también te gusta tu mamá? ¿Más que tu nueva mamá? —pregunta Abuela Lin, que se vuelve para comprobar si pasa alguien por el pasillo. Se siente como un ladrón.

El chico también se vuelve, nervioso. Luego se acerca, le pasa los brazos alrededor del cuello y pega los labios a la oreja de Abuela Lin. El cálido aliento del niño le acaricia el lóbulo.

—Abuela, te contaré un secreto, pero no se lo digas a nadie.

—Vale.

—Mi mamá dijo que vendría a buscarme.

—¿Cuándo?

—Dijo que pronto.

—¿Cuándo te lo dijo?

—Antes de que mi nueva mamá viniera a vivir con nosotros.

—¿Y cuándo fue eso?

—El año pasado.

—¿Has visto a tu mamá desde entonces?

—No, pero dijo que vendría pronto si no hago enfadar a mi papá y a mi nueva mamá —responde Kang—. Abuela, ¿crees que los guardias la dejarán pasar cuando venga?

—Claro que sí —asegura Abuela Lin.

El chico huele a una mezcla de loción de bebé, ropa limpia y sudor fresco que le recuerda al viejo Tang después del baño, al olor de las personas queridas. La idea le reseca los labios y es más consciente que antes de los brazos cálidos y pegajosos del niño alrededor de su cuello.

Los viernes por la tarde, el aparcamiento junto a la puerta del colegio se llena de lujosos coches y por todas partes se ven chóferes y niñeras, incluso padres de vez en cuando. Los profesores y las gobernantas se quedan junto a las rejas, cuchicheando sobre la nua de un miembro importante del gobierno o sobre quién ha aparecido en la última película de éxito.

Kang es el único niño que se queda en el colegio el fin de semana. Su padre ha pagado una cuota adicional de fin de semana y le ha prometido que irá a buscarlo cuando finalice el semestre. A veces, Abuela Lin se pregunta si el padre aparecerá alguna vez y qué será de Kang si nadie lo viene a buscar cuando llegue el verano. ¿Podrá quedarse con ella en el colegio? Entonces se pregunta si a ella misma le permitirán quedarse y, si no es así, dónde pasará esos dos meses antes de que la dejen volver en septiembre.

Una vez que ya no queda ningún alumno en el colegio, los profesores y las gobernantas se van en el autobús que lleva a la ciudad. Además de los dos guardias, Abuela Lin es la única que permanece en el colegio y ha aceptado de buen grado hacerse cargo de Kang.

Se quedan uno junto al otro, al lado de la puerta, y dicen adiós con la mano al autobús. Ambos suspiran de alivio cuando todos desaparecen de la vista. Kang echa a

correr por el patio hacia la sala de juegos, donde devora las páginas de los libros ilustrados, una tras otra. Abuela Lin entra y se sienta a su lado, le acaricia el pelo y mira cómo ríe él solo. Cuando ha acabado los libros nuevos, salen juntos y juegan en el patio. Abuela Lin lo empuja en el columpio hasta que vuela tan alto que Kang chillaba de emoción y miedo.

Cuando hace buen tiempo, dan largos paseos por las montañas. La zona está plagada de turistas de fin de semana, pero Abuela Lin y Kang son las únicas dos personas a las que no les preocupa perder el autobús o quedar atascados en el tráfico. Pasean cogidos de la mano, sus palmas se tocan sudorosas. Abuela Lin le cuenta viejos cuentos sobre flores y jardines y cuando ya no le quedan más historias que contar inventa otras nuevas.

Después de cenar, Abuela Lin acompaña a Kang al baño. Ella espera fuera con una toalla y el pijama, y él canta en la ducha la canción de la libélula roja que ella le ha enseñado. Siempre grita a Abuela Lin cuando han pasado dos minutos para preguntarle si ya puede salir. Ella le contesta que sería mejor que aguantara cinco minutitos más, y el chico sigue cantando con su voz pura y perfecta.

A menudo, sin cerrar el agua, Kang sale de un salto y se abalanza sobre Abuela Lin. Ella finge que la coge desprevenida y chillaba, y él suelta una risita y sale corriendo antes de que ella pueda envolver su cuerpo mojado con la toalla.

Por la noche, cuando Kang duerme, habla en sueños y los brazos y las piernas salen disparados en todas direcciones bajo la sábana. Abuela Lin lo arropa y lo observa largo rato mientras una calidez a la que no está acostumbrada inunda su interior. Se pregunta si eso será lo que la gente llama amor, el deseo de estar con alguien las veinticuatro horas del día durante el resto de su vida, un deseo tan vehemente que a veces la asusta.

Abuela Lin no es la primera persona que se ha fijado en que faltan calcetines. Las gobernantas le avisan de que las chicas llevan un par de semanas quejándose de la desaparición de sus calcetines preferidos en la lavandería, y en ese momento se da cuenta de lo que ha ocurrido con las prendas, pues más de una vez ha sorprendido a Kang haciéndose con un calcetín de chica sucio, aunque el niño lo devuelve inmediatamente al cesto al ver que ella lo vigila.

El fin de semana siguiente, mientras Kang está entretenido en el ordenador de la sala de juegos, Abuela Lin registra su cama. No encuentra nada debajo del colchón, donde los niños suelen esconder las cosas. Retira la sábana, coge la almohada y al abrir la cremallera de la funda encuentra cinco calcetines en su interior hechos pequeños ovillos, como conejitos recién nacidos.

Abuela Lin los desenrolla y comprueba que son calcetines de chica, con dibujitos de flores o animales. Decide guardárselos en el bolsillo, pero se detiene al venirle a la cabeza la imagen de Kang buscándolos a tientas, buscando algo muy preciado para él por razones que ella no alcanza a comprender, así que los vuelve a enrollar y los mete en la funda de la almohada.

El lunes, Abuela Lin solicita medio día libre a su gobernanta y sube al autobús que la lleva a la ciudad, en busca de calcetines con los mismos dibujos que los desaparecidos. Compra algunos paquetes de más, de diferentes dibujos.

También se vuelve más cuidadosa con la colada y se asegura de que todos los calcetines de chica estén en sus bolsas antes de que llegue Kang. De vez en cuando, deja por ahí los que ha comprado después de haberlos lavado, secado y frotado contra el suelo.

Siguen siendo una pareja feliz los fines de semana, pero Abuela Lin se preocupa al contar los calcetines desaparecidos que ha sacado para Kang. Se pregunta si no tendría que hablar con él para descubrir por qué lo hace. Pero cada vez que abre la boca, le falta coraje.

Los fines de semana, sentados a la sombra de la glicina, Abuela Lin se pregunta si no estará viviendo de la mano de su adorado niño el amor que no tuvo de joven, sin atreverse a pedirle que le cuente el secreto que no le está permitido conocer. Cada vez hace más calor y las gobernantas colocan mosquiteras sobre las camas de los alumnos. La primera noche, el chico de la cama de al lado de Kang se levanta después de que haya salido la gobernanta y, con una pequeña linterna en la mano, asoma la cabeza por la mosquitera de Kang, suelta un chillido apagado y le apunta con la luz en los ojos. Al contrario de lo que espera el chico, Kang no grita pero, para su asombro y fruición, lo encuentra acariciándose las mejillas con ambas manos hundadas en calcetines floreados.

Llaman a las gobernantas y aparecen siete calcetines más. Al caer la tarde del día siguiente, todo el colegio ha oído hablar del pervertido que roba calcetines de chica y hace cosas raras con ellos.

Abuela Lin ve cómo los niños persiguen a Kang por el patio llamándolo «psicópata», «enfermo», «vicioso», y el corazón se le desgarró como un trapo en la lavadora. Kang tiene prohibido acercarse a la lavandería. Abuela Lin cuenta los días que quedan para el fin de semana y teme perder la razón antes de volverlo a ver.

El viernes por la tarde, junto a la puerta del colegio, Abuela Lin tiene que levantar la mano de Kang y hacer que la mueva para decir adiós. Cuando el autobús se ha ido, Abuela Lin se vuelve hacia Kang, que está dándole un puntapié a una piedra.

—Kang, ven un momento a la habitación de la abuela —le pide.

—No, no quiero —contesta Kang, soltándose de la mano.

—¿Qué quieres hacer? Vamos a dar un paseo.

—No quiero ir a dar un paseo.

—¿Qué te parece si leemos un libro? Ayer llegó una nueva caja de libros.

—No quiero leer.

—Pues vamos a los columpios.

—No quiero hacer nada —responde Kang, y aparta la mano de Abuela Lin de su hombro.

La anciana ya no consigue detener las lágrimas y baja la vista hacia la cabeza de Kang. Amar a alguien es desear complacerlo, incluso cuando no se es capaz.

—Piensa en algo que quieras hacer y lo haremos juntos. Pide lo que quieras y la abuela te lo dará. Ya sabes que la abuela te quiere.

—Quiero ir a casa. Quiero ver a mi mamá —dice Kang—. Abuela, ¿podemos ir a casa en tren y quedarnos el fin de semana?

Abuela Lin mira el rostro de Kang, que le devuelve la mirada desde allí abajo, y ve

cómo por momentos una vaga esperanza toma forma en sus ojos. Kang la coge de la mano.

—Abuela, solo serán dos días. Nadie lo sabrá. Abuela Lin suspira.

—Perdona, Kang, pero la abuela no puede hacer eso.

—¿Por qué no? Has dicho que harías cualquier cosa.

—Cualquier cosa que podamos hacer aquí, en el colegio, en las montañas. Kang, corazón, no podemos irnos del colegio.

Un minuto después, Kang se ha echado a llorar. Abuela Lin intenta consolarlo y lo atrae hacia su pecho, pero Kang la rechaza y la empuja y su mirada, cargada de una rabia ciega que Abuela Lin ya había visto antes en los ojos del viejo Tang, la deja helada. Kang echa a correr por el patio. Abuela Lin sale detrás de él, pero al cabo de unos pasos tiene que detenerse para recuperar el aliento. Su viejo cuerpo le está fallando a su joven corazón.

Abuela Lin piensa que Kang estará llorando en su cama, pero no lo encuentra en la habitación. Lo llama, lo busca por todo el edificio, abre todas las puertas, mira en la sala de juegos, en la sala de música, en el comedor. Mira debajo de las mesas y detrás de las cortinas y la desazón aumenta con cada desengaño.

Abuela Lin lleva una hora buscándolo, hasta que se le ocurre que el chico podría haber salido del edificio e incluso del colegio. Horrorizada por la idea, e imaginando todo tipo de desgracias, llama a los guardias, que están jugando al póquer en el habitáculo que se levanta junto a la puerta. Ninguno de los dos está dispuesto a admitir la posibilidad de que el crío haya podido escaparse y ambos insisten en que debe de estar escondido en algún sitio, pero en el edificio, así que los tres se ponen a buscarlo. Al ver que no lo encuentran, empiezan a dejarse llevar por el pánico, aunque cada uno por razones distintas.

Llaman a la policía. Llaman al director del colegio. Llaman a las gobernantas. Los guardias llaman a todo el mundo. Abuela Lin ve que uno de los jóvenes marca el número con mano temblorosa y se pregunta por qué está tan nervioso. Los guardias solo habrán echado a perder un fin de semana tranquilo. Como mucho, el salario de un mes, ya que ambos son parientes de los miembros del consejo de administración. Los niños desaparecen a todas horas... Si no lo encuentran, ¿qué recordarán de Kang dentro de un año? Abuela Lin se echa a llorar.

Sin embargo, Kang aparece él solito, en medio de la conmoción, ileso, hambriento y somnoliento. El niño debía de creer que jugaba al escondite mientras Abuela Lin lo buscaba. ¿O quiso castigarla por haberlo decepcionado? Ella lo ignora, lo único que sabe es lo que el chico le dijo al director del colegio, que se quedó dormido debajo del piano.

Abuela Lin recuerda haber mirado debajo del piano, pero nadie confía en la memoria de una mujer mayor. Además, aunque dijera la verdad, ¿qué más daría? Había quedado demostrado que era una inútil. Otras historias empezaron a salir a la luz: que si se comía las raciones de los estudiantes, que si era muy descuidada con la colada...

La tarde que regresan los niños, el consejo pide a Abuela Lin que se marche. Le han

hecho la maleta y le han dejado sus cosas junto a la puerta: un hato de lona, liviano incluso para una mujer mayor.

«La felicidad que trae el amor es un veloz meteorito, el dolor que arrastra es la oscuridad que le sigue», canta en la calle una chica con voz clara, para sí misma, al pasar junto a Abuela Lin, quien intenta acomodarse a su paso, pero la chica camina muy deprisa, igual que la canción. Abuela Lin deja el hato en el suelo y toma aliento. Lleva la fiambarrera de acero inoxidable en la otra mano. En la calle, todos parecen saber muy bien adónde les llevan sus piernas. Ella se pregunta cuándo dejó de ser uno de ellos.

Alguien pasa corriendo por su lado y le da un empujón. Abuela Lin se tambalea y alcanza a ver una mano antes de caer al suelo. Un hombre con camisa negra corre entre la gente, con su hato. Una mujer se detiene y le pregunta:

—¿Se encuentra bien, abuela?

Abuela Lin asiente, intentando recuperarse de la caída. La mujer niega con la cabeza y dice en voz alta, para los que la quieran oír:

—¡Qué mundo este! Alguien acaba de robarle a una anciana.

Poca gente responde. La mujer vuelve a negar con la cabeza y se aleja.

Abuela Lin se sienta en la calle y se abraza a la fiambarrera. Con lo hambrienta que está la gente, es extraño que a nadie se le ocurra robarle la comida a una mujer mayor. Por eso nunca ha perdido nada importante. Los tres mil yuanes que recibió como compensación por el despido están a salvo en la fiambarrera, igual que varios paquetes sin abrir de calcetines de colores, floreados, recuerdo de su breve historia de amor.